

## EL PERFIL DE UNA MADRE

María, la que llegó a ser madre de Jesús, era de extracción humilde, y de un lugar casi desconocido de Galilea: Nazaret. Esta joven campesina un día recibió una visita realmente sorprendente: ¡la del ángel Gabriel, el más importante mensajero de Dios!

El saludo de Gabriel a María muestra la gran importancia que Dios le daba a esa humilde mujer: «¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres» (Lc 1.28). Las palabras del ángel llevan el mensaje teológico de las promesas del Antiguo Testamento. La expresión «El Señor (Jehová) es contigo» era, para la tradición judía, el mayor honor que alguien podía recibir. No solo aseguraba la compañía constante de Dios, sino también la afirmación de identidad: «Tú eres una persona, una nación, que define su existencia a partir de la presencia inmutable de Dios».

Cuando Dios elige a una persona, lo hace por su maleabilidad, por la fe que se tiene y que tiene en Dios.

María, la joven campesina de un pueblo desconocido, la futura madre del Mesías, también resultó ser una poetisa y una activista, como muestran sus palabras en Lc 1.46-55.

En el contexto del nacimiento de Jesús, María escuchó y vio muchas cosas relacionadas con su vida y la del niño. Todo puede resumirse en las palabras del evangelista: «Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2.19).

¿Qué serían *todas estas cosas* que menciona el evangelista? En primer lugar, podrían ser las palabras del ángel Gabriel, mediante las cuales Dios le había prometido su compañía permanente. En segundo lugar, los testimonios de los pastores: ¡el anuncio del nacimiento de su hijo vino acompañado de un coro angelical y grandes manifestaciones celestiales! Después, el canto del anciano Simeón no le dejaría duda alguna acerca de la grandeza que perfilaba su futuro y el de su hijo (Lc 2.29-32).

María fue una madre amante y atenta, y lo demostró más de una vez. ¡Qué temor habrá sentido cuando Jesús se perdió en el templo! Temor y espanto se habrán cambiado en satisfacción y orgullo cuando lo vio en medio de los doctores de la ley y discurrendo con ellos sobre la palabra de Dios. ¡Qué honor para una madre!

También Juan manifiesta esa satisfacción de María. Según 2.1-11, en el contexto de las bodas de Caná, María sabía que la solución a la falta de vino estaba en su hijo: «Haced todo lo que os dijere» (v. 5). Y, a pesar de que Jesús se resistió, supo que ella tenía razón. Hubo más de una ocasión en que Jesús debió detener a su madre, cuando el amor de aquella se interponía entre él y la vocación de su Padre celestial.

Pero las palabras finales del anciano Simeón presentaban otra arista de la promesa divina: «(y una espada traspasará tu misma alma)» (Lc 2.35). Esta «espada» se tradujo en episodios dolorosos para madre e hijo: comenzando por el lugar donde debió nacer el niño; luego, el tumulto causado en el palacio de Herodes por la visita de los magos; más tarde, la huida a Egipto y las noticias de la matanza de los niños. Todo fue calando hondo en el corazón de María.

Finalmente, llegó el padecimiento más grande. Desde el momento en que prendieron a Jesús, hasta su crucifixión en el monte Calvario, María no cesó de sufrir el dolor de ver que le arrancaban la vida de su hijo.

Jesús sabía y sentía que su madre siempre estaría a su lado. María, madre amorosa y solidaria, lo acompañó en cada momento de su pasión. Impotente, presenciando los castigos y burlas a su hijo, estuvo allí cruzando miradas de ternura y solidaridad con él. Y de las pocas personas del círculo íntimo que rodearon a Jesús en los tormentos de la cruz, allí estaba, en primera fila, María, su madre.